

Es preciso no pasar en silencio que la arquitectura, considerada como arte, es en su principio eminentemente religiosa, y fué inventada para el culto de la Divinidad. Los griegos, que adoraban una multitud de dioses, han trabajado diferentes géneros de edificios, segun las ideas que les inspiraban los diferentes poderes de estos dioses. El mismo Vitruvio dedica dos capítulos á este objeto bellísimo, y enseña el modo de construir los templos y los altares de Minerva, de Hércules, de Céres, etc. Empero nosotros, que no adoramos mas que á un solo Señor de la creacion, no tenemos tampoco, propiamente hablando, mas que una arquitectura natural, esto es, la arquitectura gótica. Conócese de pronto que este género es exclusivamente nuestro, que es original, y nacido, por decirlo así, á la par con nuestros altares. Pero respecto de la arquitectura griega, nosotros no somos mas que meros imitadores, mas ó menos ingeniosos;<sup>1</sup> imitadores de un trabajo cuyo principio desnaturalizamos, trasladando á las habitaciones mezquinas de los hombres los adornos que únicamente pertenecen á la morada de los dioses.

Además de su armonía general, de sus relaciones con los lugares y las situaciones, y sobre todo, de sus conveniencias con los usos á que están destinados, lo que mas se admira en los edificios de la Grecia, es lo acabado de todas sus partes. Con la misma escrupulosidad se ven trabajados en ellas los objetos destinados á los puntos menos visibles, que los que debian colocarse en la fachada mas pública de un edificio. Las piedras que forman las columnas del templo de Minerva están tan unidas y compactas, que es menester mirarlas con mucho detenimiento para

<sup>1</sup> En tiempo de los Valois se introdujo el conjunto bello de la arquitectura griega y gótica; pero esto duró muy poco.

conocer que no son de una sola pieza. Para conseguir esta prodigiosa perfeccion, se cortaba desde el principio el mármol con la sutileza que podia prestar el cincel, y uniendo despues las dos piezas, se las frota una con otra vertiendo al mismo tiempo en la juntura agua y arena. De este modo se lograba un aplomo que parece increíble; y este aplomo estaba determinado en los trozos de las columnas por medio de un quicio cuadrado de madera de olivo. Mr. Fauvel poseia uno de esos quicios.

La misma perfeccion se advierte en los florones, plintos, molduras, astrágalos y demás partes del edificio: las líneas del capitel y las estrías de las columnas del Partenon son tan finas y delicadas, que creeria uno que toda la columna habia sido hecha á torno: unos recortados de marfil no ofrecen mas delicadeza que los adornos jónicos del templo de Erechtheo: las cariátides del Pandroséo son verdaderos modelos. En fin, si despues de haber yo visto los monumentos de Roma, me han parecido groseros los de Francia, cuando he llegado á ver los de Grecia, he tenido por bárbaros los de Roma, sin esceptuar entre estos el Panteon, con su desmedida frontera. Esta comparacion se puede hacer muy bien en Atenas, donde la arquitectura griega se halla con frecuencia al lado de la romana.

Tambien habia incurrido yo en el error comun acerca de los monumentos de los griegos, pues aunque los tenia por perfectos en todo, creia que carecian de grandeza; pero he observado que el génio de los arquitectos que los construyeron, supo darles en grandeza proporcional lo que podia faltarles en estension. Atenas está llena de estas obras prodigiosas; y sin embargo de que la poblacion no era rica ni numerosa, construyeron edificios gigantescos: las piedras del Pnys parecen pedazos de montañas; los Propileos eran

una obra de un inmenso trabajo, y las baldosas de mármol que los cubrían, de la mayor dimension que se ha visto: las columnas del templo de Júpiter-Olímpico tienen tal vez mas de sesenta piés de alto, y la circunferencia de todo el templo era de media milla; las murallas de Atenas, comprendiendo la de los tres puertos, ocupaban un espacio de cerca de nueve leguas;<sup>1</sup> y las que reunían la ciudad en el Pireo eran tan anchas, que podían correr por ellas dos carros de frente, y de cincuenta en cincuenta pasos tenían torres cuadradas, de modo que jamás pudieron igualarse á estas las fortificaciones de los romanos.

¿Por qué fatalidad estas obras maestras de la antigüedad, que los modernos van á admirar tan lejos y á tanta costa, han sido en parte destruidas por los mismos modernos? <sup>2</sup> El Partenon se mantuvo intacto hasta el año 1687: los cristianos lo convirtieron en iglesia, y envidiosos luego los turcos, la convirtieron en mezquita. Era preciso que los venecianos viniesen el siglo XVII á cañonear los monumentos de Pericles, lanzando sus balas sobre los Propileos y el templo de Minerva: una bomba cayó sobre este último edificio, y hundiendo la bóveda, hizo saltar unos barriles de pólvora, y con ellos parte de un edificio, que no tanto honraba á los falsos dioses de la Grecia, cuanto al génio del hombre.<sup>3</sup> Habiéndose los venecianos apoderado de la ciu-

<sup>1</sup> Doscientos estadios, segun Dion Crisóstomo.

<sup>2</sup> Bien sabido es cómo fué destruido el coliseo de Roma, y el equívoco de las palabras latinas sobre los *Barberini* y los bárbaros. Algunos historiadores suponen que los caballeros de Rhodas destruyeron el famoso sepulcro de Mausolo; es verdad que fué por defender á Rhodas y fortificar la isla contra los turcos; pero si esto sirve de excusa á los caballeros, no por eso es menos dolorosa la destruccion de aquella maravilla.

<sup>3</sup> La invencion de las armas de fuego ha sido tambien muy fatal á las artes. Si los bárbaros hubiesen conocido la pólvora, no hubiera quedado.

dad, quiso Morosini adornar á Venecia con los despojos de Atenas, y en su consecuencia dispuso se bajasen las estatuas que estaban en la frontera del Partenon, y al practicar esta operacion se hicieron pedazos. Otro moderno, inspirado por su pasion á las artes, acabó de completar la destruccion que principiaron los venecianos.<sup>1</sup>

Con frecuencia he tenido la ocasion de hablar en este *Itinerario* de lord Elgin, á quien se debe, como he indicado en otra parte, el conocimiento mas completo del Pnyx y del sepulcro de Agamenon, y el cual mantiene en Grecia un italiano encargado de dirigir las escavaciones, descubriendo por este medio antigüedades que efectivamente yo no he visto.<sup>2</sup> Pero este lord ha perdido el mérito de sus loables empresas destruyendo el Partenon. Quiso llevarse el bajo-relieve del friso, y los operarios turcos de que se valió rompieron el arquitrave y echaron abajo los capiteles: luego, en vez de hacer saltar las metopas por medio de

en pié un solo edificio griego ni romano, hubieran derribado hasta las pirámides, aunque solo fuese por buscar tesoros. Un año de guerra entre nosotros destruye mas monumentos que en un siglo entero los antiguos. Parece tambien que entre los modernos todo se opone á la perfeccion del arte, el país, las costumbres, los usos, los trajes y hasta sus mismos descubrimientos.

<sup>1</sup> Dirigieron su batería, montada con seis cañones y cuatro morteros, contra el Pnyx. Y no se concibe cómo en la corta distancia á que se hallaba aquella batería, no destruyeron todos los monumentos de la ciudadela. Véase á Fanelli, *Atene Attica*, y la introduccion de este *Itinerario*.

<sup>2</sup> Halláronse en un sepulcro, y me parece que era el de un niño. Entre otras curiosidades se encontró un juego desconocido, cuya pieza principal consistia, segun recuerdo, en una bola ó globo de acero. No sé si este será el juego de que se habla en *Atheneo*. La guerra que dividí la Francia y la Inglaterra, impidió á Mr. Fauvel que nos dirigiésemos al agente del lord Elgin, de modo que yo no he visto estos antiguos juguetes que consolaban á un niño en su tumba.

sus muestas, los bárbaros lo hallaron mas fácil rompiendo además la cornisa. Del templo de Erechtheo han quitado la columna angular, de modo que se ha hecho preciso sostener hoy con un pilar de piedras el entablamiento entero, que está amenazando ruina.

Los mismos ingleses que han estado despues de lord Elgin en Atenas, no han podido menos de lamentar una pasión á las artes tan mal entendida. Dícese que lord Elgin ha pretestado que no habia hecho mas que imitarnos. Es verdad que los franceses se han llevado de Italia<sup>1</sup> sus estatuas y sus cuadros; pero no han destruido los templos para arrebatár sus bajos-relieves, imitando en esta parte á los romanos, que despojaron á la Grecia de sus mas bellas obras de pintura y de estatuaria.<sup>2</sup> Los monumentos de Atenas arrancados de los lugares para los que estaban destinados, perderán no solo una parte de su belleza relativa, sino tambien se disminuirá materialmente su misma belleza. La luz es la que hace resaltar la delicadeza de ciertos perfiles y de ciertos coloridos, y faltando por consiguiente esta luz bajo el cielo nebuloso de Inglaterra, desaparecerán ó á lo menos no se percibirán bien, aquellos perfiles y coloridos. Por último, yo confesaré que el interés de la Francia, la gloria de nuestra patria y otras muchas razones, exigirán acaso la traslacion de los monumentos conquistados por nuestras armas; pero las mismas bellas artes, comprendiéndose entre los vencidos y en el número de los cautivos, tienen sin duda el derecho de afligirse.

Pasamos toda la mañana en recorrer la ciudadela. Los

1 Y de España tambien. El salon de la *Escuela Española*, que se abrió hace pocos años en el museo de Paris, prueba el despojo de nuestros conventos en varias épocas. (*Ed. E.*)

2 Poco prueba en verdad este ejemplo.

turcos habian pegado el minareto de una mezquita al pórtico del Partenon: subimos por la casi arruinada escalera de este minareto; nos sentamos en la parte rota del friso del templo, y dirigimos nuestras miradas al rededor de nosotros. Teniamos el monte Hymetto al Este; el Pentélico al Norte; el Parnes al Nordeste; los montes Icaro, Cordialo ó Egaleo al Oeste, y por encima del primero sobresalía la cúspide del Citeron; al Sudoeste y al Mediodía se veían el mar, el Pireo, las costas de Salamina, de Egina, de Epidauró, y la ciudadela de Corinto.

A nuestros piés, en la vega cuya circunferencia acabo de describir, se distinguían las colinas y la mayor parte de los monumentos de Atenas: al Sudoeste la colina del Museo con el sepulcro de Philopappo; al Oeste las rocas del Areópago, del Pnyx y del Licabetto; al Norte el montecillo Anchesmo, y al Este las alturas que domina el Estadio. Al pié mismo de la ciudadela se descubrían las ruinas del teatro de Baco y de Herodes Atico. A la izquierda de estas ruinas estaban las grandes columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico; y mas allá, en direccion al Moroeste, se descubría el recinto del Liceo, el curso del Iliso, el Estadio, y un templo de Diana y de Céres. En la parte del Oeste y del Noroeste, hácia el olivar, me enseñaba Mr. Fauvel los parajes donde estuvieron el Cerámico exterior, la Academia, y su camino ceñido de sepulcros. En fin, en el valle que forma el Anchesmo y la ciudadela, se descubre la ciudad moderna.

Figurémonos ahora este gran espacio, cubierto en parte de maleza, de olivares, de viñas, de sembrados, de trozos de columnas y ruinas antiguas y modernas arrojadas en medio de los campos; de paredes blancas y cercas de jardines que los cruzan, y derramadas por toda la campiña mu-

chas albanesas, ó llevando agua, ó lavando la ropa de los turcos; y figurarse en fin iluminadas por un espléndido rayo de luz todas estas montañas, cuyos nombres son tan poéticos, todas estas ruinas tan célebres, todas estas islas, y aquel mar no menos célebre tambien. Desde lo alto de Acrópolis ví salir el sol por entre las dos cumbres del Hymetto: las cornejas que anidan en torno de la ciudadela, y que jamás abandonan las grietas de la cima, gemian á nuestros piés; sus alas negras y lustrosas brillaban bañadas por el rocío á los primeros albores del dia; columnas de humo azul y diáfanas se elevaban de entre las sombras á lo largo de las faldas del Hymetto, y anunciaban la existencia de algunas casas de campo; Atenas, el Acrópolis y las ruinas del Partenon, brillaban decoradas con el mas bello tinte de la flor del albérechigo; las esculturas de Phidias bañadas rizontalmente por un rayo de oro, parecian animarse y mecerse sobre el mármol por la movilidad de las sombras del relieve; á lo lejos el mar y el Pireo cubiertos de luz; y la ciudadela de Corinto, reflejando la claridad del nuevo dia, se ostentaba en el horizonte de Poniente como una roca de púrpura y de fuego.

Desde el paraje en que nos hallábamos, hubiéramos podido ver, en los tiempos prósperos de Atenas, salir las escuadras del Pireo para combatir al enemigo ó ir á las fiestas de Délos: hubiéramos podido oír en el teatro de Baco las dolorosas espresiones del Edipo, de Philoctetes y de Hecuba y los aplausos de los ciudadanos á los discursos de Demóstenes. Mas ¡ay! nada se oye ya. Apenas se exhalaban de entre aquellas murallas que repitieron por tanto tiempo las voces de un pueblo libre, los gritos interrumpidos de un populacho de esclavos. Para consolarme me repetia lo que siempre tiene uno que decirse: todo pasa; todo acaba en el



XVIII.

mundo. ¿Dó están aquellos génius creadores que elevaron el templo sobre cuyas ruinas reposaba yo entonces? Este sol, que tal vez presenció los últimos gemidos de la malhadada hija de Megara, vió morir tambien á la brillante Aspasia. Este cuadro del Atica, este espectáculo que contemplaba yo, habia sido contemplado tambien por otros ojos que se cerraron hace ya dos mil años. Yo pasaré tambien á mi vez; otros hombres, fugitivos acaso como yo, vendrán á hacer las mismas reflexiones sobre las mismas ruinas. Nuestra vida y nuestro corazon se hallan en la mano de Dios: dejémosle, pues, disponer de una y de otro.

Al bajar de la ciudadela recogí un pedazo de mármol del Partenon; tambien habia recogido un fragmento del sepulcro de Agamenon, y desde entonces siempre me he llevado algun recuerdo de los monumentos que he visitado. Ciertamente que los recuerdos mas bellos de mis viajes no son tan importantes como los de Mr. de Choiseul y de lord Elgin; pero me bastan tales como son. Conservo además con mucho cuidado algunas pequeñas pruebas de amistad de mis huéspedes, y entre otras un estuche de hueso que me regaló en Jaffa el padre Muñoz. Cuando yo vuelvo a ver alguna vez estas bujerías, recuerdo inmediatamente mis correrías y mis aventuras, y me digo: "Allí estuve yo, me sucedió tal cosa." Ulises regresó al hogar doméstico con muchos cofres llenos de ricos dones, que le habian regalado los feacios; y yo he vuelto á entrar en mi hogar con una docena de piedras de Esparta, de Atenas, de Argos y de Corinto, tres ó cuatro cabecitas de barro cocido que me regaló Mr. Fauvel, una botella de agua del Jordan, otra del mar Muerto, algunas cañas del Nilo, un mármol de Cartago y una figura de yeso modelada en la Alhambra. He invertido en mi viaje cincuenta mil francos, y regalado mi